

BOUTIUS (1)

(Cuento de evocación histórica)

CUBRE su cabeza un bien tupido capacete de gruesas y resistentes hebras de lino por cuyos bordes escapan las ásperas crenchas de su revuelta y enmarañada cabellera, para caer en desorden sobre sus recios hombros y anchurosa espalda. Tapaba su cuerpo una amplia y negra zamarra de pellejo de carnero por cuyas abiertas salía al exterior el parduzco lienzo de su rudimentaria camisa. Las musculosas piernas envueltas con lanudas polainas sujetas por resistentes tiras de piel de gato montés; y calzábale con rústicas abarcas de grueso cuero de caballo. Del amplio cinto que sujetaba el resistente calzón pendía un corto puñal cuyas cachas de cuerno sobresalían de la vaina; junto a él, la resistente honda de bien trenzada cuerda con gruesa pedrera de cuero curtido. Varias flechas de su carcaj asomaban por cima del hombro izquierdo. En banderola el arco y, protegiendo su pecho, dura pelta que colgaba del cuello por dos resistentes correas. El rostro, de pómulos pronunciados, con ojos negros y hundidos de duro y penetrante mirar, nariz recta y afilada, bien poblado entrecejo, labios carnosos y entreabiertos por los que asoman anchos y potentes incisivos, aparece disimulado bajo recia y punzante barba que sólo deja al descubierto la amplia frente, surcada de arrugas, que acusan su edad, pasada ya de la juventud y abordando los linderos finales de la edad madura.

Su paso decidido y enérgico se acompañaba con el golpear del cuento de su lanza de madera rematada en punta de hierro. Caminaba por estrecho sendero pedregoso, bordeado de altas retamas y tupidas charnecas; bajando del pueblo, Castillejo del Roble, del que era jefe y precediendo hasta una veintena de hombres igualmente vestidos y armados.

El sol apuntaba ya por el borde de la dilatada llanura cuando llegaron al manantial santuario de la Gironda. Boutius tomó de mano de uno de sus hombres la cucúrbita donde portaban el vino y ofrendó a la diosa de la fuente, a la Dea Fontana, derramando el tintado líquido sobre el puro cristal de su agua al tiempo que, con voz tonante que hizo estremecer las hojas de los robles vecinos, demandaba les fuera propicia en la próxima cacería. Poco después todos los hombres se internaban en la espesura selvática de robles y zarzas, dejando tras sí rumor de inquietudes y sorpresas.

*
* *

El ululante sonido de un cuerno soplado por vigorosos pulmones anuncia la escapada de la fiera. Se ha roto el silencio. En el roble-

(1) Triunfador.

dal los pájaros revolotean inquietos en las tupidas copas de la arboleda.

Tensan sus arcos los flecheros en dirección del persistente ruido que anuncia la proximidad de la caza. De pronto, aparece en el claro del bosque terrible y magnífico oso que olfatea los vientos para prever el peligro. Una flecha vino a clavarse atrevida y audaz en su paletilla derecha dejando, en el aire, vibraciones metálicas y en el cuerpo del oso agudísimo dolor que el animal trata de suprimir con atrevida torsión de su cuello para alcanzar la flecha y destrozarla entre sus agudos colmillos. Partiendo de lugares invisibles varios dardos más cruzan silbando el espacio para hundirse en la recia y peluda masa de su vigoroso cuerpo. Uno de ellos ha debido tocar en lugar vulnerable. El animal ha caído derrengado en la hojarasca del bosque y lanza potentes y prolongados aullidos de dolor, revolcándose, en medio de violentas convulsiones que hacían aparecer sus aceradas garras dispuestas para aprisionar entre ellas a su oculto enemigo...

La cacería era abundante. La diosa les era propicia: Boutius, ayudado por sus hombres, podría llevar en pocas jornadas abundante provisión de pieles a su clan, con las que se permitirían algunos caballos y armas de que se hallaban necesitados.

Era el tercer día de caza. Estaba el sol en la mitad de su arco. En una explanada linderera con un bosquecillo de corpulentas encinas y alcornocques crepitaba una grande hoguera cuyas llamas tostaban un jabalí recién muerto. A su alrededor, sentados sobre planchas de corcho, se alineaban aquellos hombres que se disponían a escuchar de labios de su jefe una de las hazañas guerreras de Viriato contra las legiones romanas en la que intervinieron los ascendientes de los actuales pobladores de Castillejo del Roble, cuando he aquí, que un temblor de tierra golpeada por los duros cascos de un caballo anuncia la proximidad de un jinete que ya se divisa por entre los arbustos de la llanura y que en breve espacio irrumpe en la explanada.

Echa pie a tierra; se humilla respetuoso ante Boutius y le traslada su mensaje: «Al alba todos los jefes de clan han de encontrarse en el campo de la asamblea de nuestra tribu».

Suspendido el relato, abrevióse la comida. Terminada ésta dióse fin a la cacería. Recogidas las pieles, sanguinolentas aún, de los animales capturados y cargadas a espaldas de los hombres que conducen además fuertemente amarrado por sus cuernos un soberbio ejemplar de macho cabrío para ser sacrificado al primer plenilunio, emprenden el regreso hacia el Castro.

Un revuelo de inquietud tiene en curiosa expectación a los habitantes del clan Castillejo del Roble. Boutius, su jefe, regresa de la caza. Desde los altos riscos donde tiene su emplazamiento el pueblo, distínguese el grupo que forma la partida cuando despega del Santuario de la Dea Fontana allá en la Gironda. Sin duda la diosa les fué propicia y terminan de ofrendarla el pan y el vino.

Traen prisa los cazadores. La presencia de su jefe al alba en el campo de la asamblea había sembrado de celos e inquietudes los

ánimos de aquellos esforzados montañeses. Su vivo caminar va envuelto en tétrico silencio que, ni la alegría por la abundante caza ni la captura de aquel magnífico y barbudo macho, lograban disipar.

Es aún noche estrellada cuando Boutius, Andergus (1) y Auvanco (2) parten montados en briosos corceles en dirección del Castro de la tribu donde el Régulo, jefe de los dispersos clanes, les trasladará los últimos deseos del invasor romano.

—«Parece que una nueva legión romana se dirige a nuestra tribu» —manifiesta Andergus.

—«Volveremos a la lucha» —masculló Auvanco con coraje—; todo será preferible a los vejámenes y ultrajes que continuamente recibimos.

—¡Malos tiempos! Los lares están enojados por nuestra cobardía. Los agüeros nos son nefastos —silabea Boutius exaltándose—. ¡Lucharemos nuevamente. Por nuestros valles, barranqueras y gargantas volverá a retumbar el tambor llamando a la guerra! Nuestra federación discutirá al invasor, con las armas en la mano y palmo a palmo, el suelo de nuestros mayores...

El trote de sus corceles y la animada conversación sostenida hicieron breve el camino. Rumor de voces y prolongados relinchos anunciaban próximo el lugar de reunión. El sol lucía ya espléndido y luminoso. Todos los jefes de clan ocupaban su lugar en el campo asambleicio. Puestos en pie recibían ahora al Régulo que precediendo a su pequeña corte, dirigíase al lugar preeminente de la pequeña colina donde tenía lugar la Asamblea y donde un tosco sitial, labrado en la roca viva, le esperaba. Una breve ceremonia en honor del Dios de la Tribu precedió a la palabra del Régulo, que habló así:

—«Pasados los años en que el romano nos reducía a prisión y esclavitud al tiempo que ensangrataba nuestros campos y ciudades con asesinatos en masa, una nueva era de concordia se aproxima. Sin perder nuestra individualidad, respetándose nuestras costumbres y nuestra religión, formaremos parte de ese pueblo que ya hoy es invencible y ejerce su poder sobre todas las tierras a uno y otro lado de ese mar por el que llegan a Iberia todos los extranjeros. Para probar nuestras pacíficas intenciones, el pretor Julio César, acampado con sus huestes en Turgalium, nos invita a trasladar los actuales asentamientos de nuestros pueblos hasta el llano; abandonando los actuales que coronan los riscos de nuestra cordillera Herminiana. Una luna tenemos de plazo para...»

No pudo continuar. Dominando su voz, interrumpida ahora por la sorpresa, vióse a Boutius blandir su lanza en los aires con fiero ademán y lanzar palabras duras que reflejaban el estado de su alma primitiva y sencilla.

—«¡No aceptaré semejante vileza! ¡Los lares os maldecirán eternamente si os sometéis a tamaña humillación!»

Un rumor confuso de potentes voces apagó las corajudas pala-

(1) El rojo.

(2) El buitre.

bras que también sonaban en los pechos de aquellos montañeses. Un clamor rugiente interrumpió totalmente la Asamblea. Feroces ademanes llenaban el recinto. Hecho el silencio, nuevamente apeló el jefe de la Tribu a la cordura de sus súbditos. Hizoles ver que toda resistencia fuera inútil derramamiento de sangre; que dominada toda Iberia, un levantamiento sería rápida y duramente sofocado. Apelando a su autoridad les exhorta a cumplir lo que ya él había prometido al pretor acuartelado en Targalium (1), así como a prepararse para la convivencia con el nuevo pueblo.

Se acerca el plenilunio; los habitantes de Castillejo del Roble se disponen para la ceremonia religiosa en su honor. Con él expira el plazo para trasladar el poblado a su nuevo asentamiento. Ya está elegido el lugar, en la vertiente norte de la montaña, en su pie mismo; allí donde el torrente ensancha su cauce y remansa sus aguas; allí surgirá el nuevo pueblo.

La proximidad de la fiesta en honor de la diosa Luna pone sedimentos de amargura en todos los habitantes. Boutius, el jefe, lleva varios días sin salir de su morada. Solo y durante la noche se pasa horas y horas en el recinto sagrado junto al altar de los sacrificios, mirando al cielo y consultando los astros. Durante la comida no se narran hazañas guerreras, ni se tañe la flauta. Su hija Caenia (2), flor y ornato del clan, prometida por su padre a Auvanco, ha retirado sus gargantillas, brazaletes y collares. Su risa olvidada, así como la tristeza de su rostro, son presagio de desventuras que ella adivina a través de la mirada y gesto duro y hosco de su padre.

En el Risco, lugar inmediato al caserío de Castillejo del Roble, en la amplia y altiva explanada que le remata, hay silencio de ceremonia solemne. Véense allí como un centenar de personas agrupadas alrededor de una elevada pila de rescos troncos de acehuche. Es la hora de transición entre la luz y la obscuridad y el crepúsculo difumina a ambas en suave penumbra. Por el Oriente, allá en el último confín del horizonte, un tenue resplandor anuncia el comienzo del plenilunio. Boutius, actuando de sacerdote, envuelto en negro ságm (3) y portando una tea encendida, a cuyo incierto centelleo las figuras humanas se agigantan y proyectan fantásticas sobre los altos peñascos que enmarca el lugar de la ceremonia, se dirige a la pira y le aplica el fuego. Un denso humo se alza a las alturas. Poco después potentes llamaradas pintan de resplandores la cresta rocosa de la montaña. La luna llena acaba de aparecer. La flauta y el tambor marcan los compases de una danza lenta que ejecutan cantando a coro alrededor del fuego los habitantes de Castillejo del Roble. Es la media noche. La ceremonia está en su apogeo. Redobla el tambor

(1) Trujillo.

(2) Hermosa.

(3) Manto.

con insistencia, acompasando una danza viva, violenta casi, coreada con rugientes voces. Nueva brazada de leña había hecho reavivar el fuego de la pira, cuando Boutius, que danza al frente de su clan, se despoja bruscamente del ságun para emprender veloz carrera hacia el fuego donde en último impulso de sus vigorosos músculos lanza su cuerpo. Unos momentos tan sólo dura la terrible visión, que coincide con angustiado grito de todas las gargantas. La danza queda interrumpida. Denso y sofocante olor a carne quemada se desprende de la pira donde el cuerpo de Boutius es ahora una masa oscura que burbujea líquidos y gases y se retuerce entre las llamas. Junto al borde mismo de la hoguera, Caenia, inclina su cuerpo y eleva sus brazos implorantes para que los dioses sean benignos a su padre: último representante del espíritu de independencia de la Tribu.

ANTONIO MENA OJEA

A V I S O S

Los buenos cimientos asientan en dura roca. Sobre lo que más esfuerzo nos costó levantamos el palacio de nuestra estima. Quien se funda en lo que de otros ha recibido, construye sobre arena.

Nada hay en el mundo perfecto. La reputación y fama crecen, vistas a distancia, porque, al juzgar de una persona, se olvidan sus defectos y flaquezas: los que conocen a un sujeto y conviven con él, muchas veces, guiados por la pasión, envidia o ligereza, aprecian lo malo y rechazan lo bueno. Por ello nadie es profeta en su patria; el buen nombre llega después de la muerte.

El consejo acertado y la dádiva generosa han de acomodarse a quien se dirigen: lo contrario es más presunción que utilidad.

Cuando juzgamos a personas de recta conducta, ánimo generoso y delicadeza espiritual, solemos atribuir a simpleza una auténtica virtud: es duro reconocer la superioridad ajena.

La petulancia da ocasión a que muchas veces seamos sorprendidos y adoctrinados por gentes sencillas, de recto criterio y buena intención. Es cuando más sufre nuestra vanagloria.

La valía de los colaboradores acredita la superioridad de un jefe, si estuvo en su mano el elegirlos: en tal caso no disculpa al desacierto las faltas o negligencias extrañas.

«PRUDENS»

RECORDANDO A COVARSI

La leyenda del castillo

(Gran lienzo del pintor)

Terminado el trajín de la faena,
al amor de la lumbre, en la cocina,
está la humilde gente campesina
esperando la hora de la cena.

Narrando va el pastor con voz serena
la historia del castillo, peregrina,
y cuando la leyenda ya culmina
en todos, pone miedo el alma en pena!...

Tras la ventana, al fondo, en lejanía,
enhiesto, con suprema gallardía
el castillo almenado se columbra.

Es el castillo que el pastor evoca,
que altivo y firme, sobre ingente roca,
la luz lunar, romántica, lo alumbra.

MANUEL MONTERREY